



MISIÓN COMPARTIDA

LECTURA: JUAN 20, 19-23.

La noche de ese mismo día, el primero de la semana, los discípulos estaban reunidos a puerta cerrada en un lugar, por miedo a los judíos. En eso llegó Jesús, se puso en medio y les dijo: «La paz sea con ustedes.» Y mientras les decía esto, les mostró sus manos y su costado. Y los discípulos se regocijaron al ver al Señor. Entonces Jesús les dijo una vez más: «La paz sea con ustedes. Así como el Padre me envió, también yo los envío a ustedes.» Y habiendo dicho esto, sopló y les dijo: «Reciban el Espíritu Santo. A quienes ustedes perdonen los pecados, les serán perdonados; y a quienes no se los perdonen, no les serán perdonados.»

Contextualización:

Jesús se hace presente en la comunidad. Así comienza Juan a narrar una de las experiencias de encuentro con el Resucitado. Ni siquiera las puertas cerradas le impiden estar en medio de aquellas personas con las que tanto compartió y que no lo reconocen. ¡Hasta el presente es así! También hoy, la primera palabra de Jesús será siempre: “¡La Paz esté con ustedes!” Les muestra las señales de su pasión en las manos y en su costado, porque el Jesús que está con nosotros en la comunidad, no es un Jesús glorioso que no tiene nada en común con la vida de la gente. Todo lo contrario, es el mismo Jesús que ha venido a esta tierra y que tiene las señales de su pasión. Y hoy estas mismas señales se encuentran en los sufrimientos de la gente. Son los signos del hambre, de la tortura, de las guerras, de las enfermedades, de la violencia, de

las injusticias. ¡Tantas y tantas señales! Y, en las personas que reaccionan y luchan por la vida, Jesús resucita; y se vuelve presente en medio nuestro.

Tras reconocer al resucitado, Juan nos sitúa ante el envío: “¡Como el Padre me envió, también yo los envío a ustedes!” De este Jesús crucificado y resucitado nosotros recibimos la misma misión que Él recibió del Padre. Y también para nosotros Él repite: “¡La paz esté con ustedes!”. La repetición recalca la importancia de la paz. Construir la paz forma parte de la misión. La Paz que Jesús nos deja significa mucho más que ausencia de guerra. Significa construir una humanidad armoniosa, en la que las personas puedan ser ellas mismas, con todo lo necesario para vivir. Donde puedan ser felices y desarrollarse en paz. Construir una comunidad según la Comunidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Jesús comunica el don del Espíritu: “Jesús sopló y les dijo: Reciban el Espíritu Santo”. Es con la ayuda del Espíritu Santo como podemos realizar la misión que Él nos confía. Espíritu con el que Jesús nos comunica el poder de perdonar los pecados. El punto central de la misión de paz se encuentra en la reconciliación, sanar heridas, salvar distancias, intentando superar las barreras que nos separan. Una comunidad sin perdón y sin reconciliación, no es una comunidad cristiana.



Reflexión:

Este camino sinodal (este camino que recorremos todo el Pueblo de Dios en común-unidad), es el momento propicio para reflexionar sobre nuestra misión (como Iglesia), para así poder responder a Dios. Si nos planteamos la pregunta ¿Cuál es la misión de la Iglesia? Responderemos: “**La Iglesia existe para evangelizar**”. Efectivamente, nuestra misión es dar testimonio del amor de Dios en medio de toda la familia humana. Este proceso sinodal tiene una profunda dimensión misionera. Tiene como objetivo permitir a la Iglesia dar un mejor testimonio del Evangelio, especialmente con aquellas personas que viven en las periferias espirituales, sociales, económicas, políticas, geográficas y existenciales de nuestro mundo. De esta manera, la sinodalidad es un camino por el cual la Iglesia puede cumplir más fructíferamente su misión

evangelizadora en el mundo, como levadura al servicio de la venida del Reino de Dios.

San Juan Pablo II decía que hay que ser evangelizadores creíbles. Corremos el riesgo de estar diciendo una cosa y con nuestros actos hacemos lo contrario, nuestro testimonio no llega a nada (comprometidos dentro pero no fuera). O, por el contrario, podemos estar comprometidos, pero desde la lejanía que supone la falta de fidelidad a la Iglesia (comprometidos fuera, pero no dentro). Es cierto que *“Por nuestras obras nos conocerás”* (Mt. 7, 16). Con nuestras acciones intentamos ser coherentes con la fe que profesamos. Palabras y obras deben ir unidas. De nada sirve q vean nuestras buenas obras, si luego no anunciamos a Cristo. Corremos el riesgo de anunciarnos a nosotros mismos.

Y cómo llevar a cabo la misión de la Iglesia:

Tenemos que hacer presente a la Iglesia, a Cristo, en el mundo, contribuir a la realidad Salvadora del Evangelio. *“Los pastores son conscientes que Cristo no los puso para que por sí solos se hagan cargo de la misión de la Iglesia en el mundo, también está el laicado”* (Lumen Gentium 30). Sin el laicado la labor de los sacerdotes y la vida consagrada sería incompleta, y viceversa. Aunque están interconectados nuestro campo de misión no es el mismo, es por ello por lo que debemos caminar juntos.

El papa Francisco nos habla de la *“cultura del encuentro”*, con el fin de propiciar el hermanamiento de toda la humanidad, no solo con “los de casa”. Ayuda para esto ser conscientes de que el problema no está fuera, sino en nosotros. De la misma manera la solución no está fuera, está en nosotros. *“Prefiero una Iglesia accidentada por salir, que enferma por encerrarse”* (Papa Francisco, en la vigilia de Pentecostés de la «Jornada con los movimientos, las nuevas comunidades, las asociaciones y las organizaciones laicales» mayo 2013).

Todo esto hacerlo en común-únion con todo el Pueblo de Dios, porque no se puede vivir sin la comunión. Según la RAE comunión significa: *“Participación en lo común//Participación que los fieles tienen y gozan de los bienes espirituales, mutuamente entre sí, como partes y miembros de un mismo cuerpo”*. Lo que pertenece a todos, hace referencia a la Comunidad. La Iglesia

debe vivir en comunión. Cada persona es motor de comunión en la vida y en la Iglesia.

Vivimos momentos de crisis, en todos los ámbitos de la vida. Una de las acepciones de la palabra *“crisis”* también es *“momento crucial”*, y las consecuencias serán buenas o malas según como reaccionemos/afrontemos este momento/situación. Si Dios ha pensado en nosotros en este momento concreto de la historia, por algo será. Nos corresponde asumir esa responsabilidad. Nos corresponde trabajar unidos, en corresponsabilidad entre laicado + sacerdotes + vida consagrada = Pueblo de Dios. Porque somos complementarios, no opuestos.

¡Eremos atentos!, el mal espíritu se nos cuela por todas partes. No podemos ser perezosos en la fe. Creámonos que estamos llamados a contribuir al Plan de Salvación de Dios para el mundo, en este momento y en este lugar.

Preguntas de reflexión:

La sinodalidad está al servicio de la misión de la Iglesia, en la que todos los miembros están llamados a participar. Dado que todos somos discípulos misioneros, tras lo reflexionado, vamos a discernir sobre nuestra misión.

- ¿De qué modo se concientia a cada bautizado para que se sienta verdadero protagonista de la misión? ¿Cómo se realiza el discernimiento sobre las opciones que se refieren a la misión y a quién participa en ella?
- En la Iglesia en general, en nuestra diócesis en particular, en tu comunidad, ¿qué áreas de misión estamos descuidando? ¿qué impide al Pueblo de Dios participar activamente en la misión?
- ¿Cómo dialoga la Iglesia y cómo aprende de otras instancias de la sociedad en el mundo de la política, de la economía, de la cultura, de la sociedad civil, de los pobres...?
- ¿Qué relaciones mantenemos con los hermanos y las hermanas de las otras confesiones cristianas?